

# DOCENTE Y DISCENTE

Francisco Javier Marín



# Capítulo 1

## DOCENTE Y DISCENTE AMATORIOS

Me acusas de falta de claridad en la mecánica del amar a una mujer como tú. Me pregunto, en silencio: ¿cómo mejorarlo? Tu exigencia docente amatoria me impide ser más tolerante con tus sentimientos.

No obstante, exiges el logro del objetivo del aprendizaje primero para amar como se debe. Luego, en otro silencio como discente, cuestiono dónde quedó lo que se transmite en pareja enamorada. A su vez, explicas cómo dosificar el tiempo docente amatorio y, de ser real, no temer al reto de enseñar por aprendizaje directo y replicar lo enseñado amado.

Sobreviene el cuándo, el cómo y en qué momento considerar ser alumno amatorio de tu cátedra de amor y efectiva instructora del amor directo y sin contratiempos. Ante esto, la duda de saber ser efectivo ante tal amar, no me sublima y amplía la frustración recibida, reprobando la asignatura del amor hacia una persona como yo -alumno de mal aprendizaje pese a lo bueno transmitido-; y ya no sé si podré re cursar de nuevo tu materia amorosa.

Réprobo de esta docencia en amor hacia mi parte estudiante, me enfrenta al auto didactismo amoroso, recordando el amor dolido y al tipo de profesora que hace de su asignatura, un pendiente al colocarme, ya no a Examen Extraordinario, sino A Título de Suficiencia...

YO "IRÓNICO"...

Mi conducta aprendida expresa lo que en casa, en familia y de mis padres, aprendí muy bien. No los culpo, en su momento, ser padres fue experiencia, pues nunca antes "estudiaron para ser padres". En esos momentos de vida hubo de todo: extremos de amor-odio; de deseo e inhibiciones del mismo para amarse sexualmente y que no presenciáramos cómo, cuánto, por qué y para qué lo hacían.

Pero también hubo alegrías y tristezas; nacimiento de mis hermanos y fallecimiento de los abuelos, de unas tías o de hermanos de mi madre o de mi padre; incluso, por lo que recuerdo, de amigos y de antiguas parejas de una u otro.

Hubo seriedad malsana y su contraparte, hilaridad irónica, manifestando utilidades de ánimo cuando las cosas en casa no pintaban bien. Mi madre decía y no se "*desdecía*" que lo segundo, antes que lo primero, sazónaba al hogar y a cada uno de quienes vivían en dicho espacio.

Ahora caigo, que, a la edad de veinte años vividos en familia, la ironía es algo compartimentado entre todos nosotros; no obstante, en mi caso especial, mi humor empieza en hilaridades diversas hasta tomar un tinte de mordacidad y humor negro ante la vida misma, ante mis progenitores y con cada uno de mis hermanos.

¿Te encuentras dentro de esta extroversión de personalidad? O, acaso, hayas escuchado o mencionado la expresión: "*por ironías de la vida...*" cuando no sucede lo que esperamos; o, simplemente ocurre lo opuesto, a lo que consideramos debe ocurrirle a tal o cual persona "X", "Y" o "Z". Ante esos casos, me pregunto si el azar o el destino me hacen -y continuarán haciendo- malas pasadas u ocurrencias.

Recuerdo casos de hilaridad rayana en ironía de vida, por ejemplo, el de un venerable anciano que logra tener una relación sexual con una chica joven, deseosa, fogosa e intemperante. En el momento de estar sólo, en un cuarto de hotel o en un departamento para el caso, ella se desnuda y queda en exhibición impactante de sus beldades corporales. Al momento de tocarla, sobreviene el inesperado infarto fulminante, y ni relaciones sexuales culminadas hubo, dada tal muerte súbita.

En otros casos más mundanos, cobrar una suma de dinero importante y ser asaltado bajo presunción de sospecha de personal del banco, donde minutos antes se hizo operación debida; pero también al tomar debidas precauciones para evitar algún mal y experimentar el mal en lo inmediato: pongamos por casos, evitar manejar un auto por miedo a atropellar a cualquier transeúnte, y ser atropellado, luego, por un desmanotado conductor.

Pero también, no viajar en avión, por miedo a morir en picado, rodeado de gente extraña y fuera de sí, por un seguro pavor de estrellamiento de la nave o quizá casi romperse la crisma, bajando las escaleras del segundo piso hasta la planta baja.

A su vez, no subirse a algún barco, por miedo a que se hunda y casi morir ahogado en la piscina infantil; ser invitado a comer con extraños -de primera vez- y no saber manejarse con propiedad cuando, en vez de cubiertos de mesa, se sirve sólo de tortillas; enamorarse de una mujer, a la que se cree libre de novios, y encontrarla con su amor de vida, sonriéndote como sólo ella sabe hacerlo -a lo "*solterita*"-y descubrir que su coquetería no es por tí, sino por ser ella lo que es: pues al hacerlo contigo, o con el vecino de enfrente, lo es también con su conspicuo amador y prospecto a esposo.

¿Te ríes de ti mismo? ¿Con qué frecuencia? ¿Compartes la ironía o la recibes sin más? En la vida común de hombre o de mujer, se ironiza ante situaciones habituales y hay lugar para que se reflexione y uno ría de lo

ocurrido en determinado momento. ¿Ese es tu caso y circunstancia?

Yo ironizo en mi vida y estoy cierto que me encuentro ante una "*compañía*" existencial que compagino con mi Yo. Esta antigüedad de accionar en la vida del tipo de sujeto que soy, no es diferente a la del resto de los mortales que pueblan este mundo. Lo ha sido antes y, sin duda, lo será después.

La ironía está por todas partes; nos acompaña desde una distancia prudente y, si uno escribe, la dejamos fluir; pero también la encontramos en escritores célebres, por ejemplo, en las fábulas de Iriarte o de Lafontaine; en Orwell y Bradbury; en Arreola e Ibarra; en Cervantes y en Shakespeare; en los filmes de Chaplin o de Buster Keaton... En cada uno de los mencionados -sin ser los únicos- su recurso y estilo afirma y confirma lo que se hace sin nombrarlo o lo que se burla desde la seriedad y adustez de la vida.

Como seres humanos contradictorios, hacemos lo que no predicamos; contrariamos lo que juramos no debe ser, y termina siendo muestrario de propio ridículo; en nuestro haber nacional, por ejemplo, desdecimos aparentes verdades o confirmamos mentiras enteras y certeras. ¿Se salvan de esto nuestros mayores -padres o abuelos; profesores o confesores de almas; autoridades de gobierno o personajes públicos del momento- y, así, cada ejemplo de vida que trasciende la esfera de lo público y/o de lo privado?

Quizá debamos recordar que ironizamos en lento aprendizaje de lo que debe ser ironizado. Nuestro actuar y su relación con otra persona o con otras más, parece que también hace un apartado a otros niveles de mero actuar en solitario: auto actuamos para sí mismos; auto actuamos ante otros; auto actuamos ante el mundo de lo inmediato. ¿Es un pleno interactuar ironizado?

Ironizar es motivo de preguntas, por ejemplo: ¿nos vuelve más o menos inteligentes? Reírnos de sí mismos: ¿es necesario o todo lo contrario? Somos nuestros peores críticos y, luego entonces: ¿gustamos de auto destruirnos?

A su vez, ironizamos con fines diversos, por ejemplo: ¿por querer pasar a ser "*un loco de atar*"?; ¿por mentar verdades a los cuatro vientos o ante la rosa de los ocho vientos ajenos? Lo hacemos, para: ¿rehuir a críticas o ante castigos recibidos de quienes juzgamos como verdaderos amigos? Lo hacemos de continuo: ¿por ser incorregibles ironizadores o peores e hirientes sujetos que todo reprobamos o nos resulta insignificante?

O, quizá, ¿porque hemos alcanzado cierto estatus ante propios y extraños, y desde su silencio quienes nos conocen callan y otorgan, y entonces, allá

uno con su maldita ironía propia?

Sarcasmos de más o de menos, usamos o recurrimos a la ironía -¿bien o mal intencionada?--; ¿para herir de manera fulminante al otro u otra? O, acaso, cargamos una cruz por defectos congénitos y por experimentar acciones y actitudes negativas que son aureola de nuestra personalidad; de ser lo que somos y, ni remedio: "*¿genio y figura, hasta la sepultura*"?

En esto último, se dirá que en vida fuimos gigantes con pies de barro; falsos inteligentes creídos superiores, es decir, mediocres e inferiores; "*pasaditos y pesaditos*" -un famoso "*higadito*", pues-, lo que no quita máscaras de falsa humildad o caretas de arrogancia inmerecida, precisamente por ser "*tóxicos*" bípedos, cuya falsa vida se mantiene pegada a una sombra de ironía propia e impropia.

¿Estamos ante simuladores consumados; gesticulantes; envalentonados con taimadas aspiraciones, las cuales son derrochadas a propósito, y contra los demás pares que se cruzan en nuestro camino?

¿A todo esto: no es acaso, una vía alterna -desde la ironía- iniciar una auto práctica de su exceso y daño?

¿No es acaso, una vía posible para hacer conciencia de sí, y desde la ironía misma -propia de sí; de uno, pues-, empezar a frenarla, sopesarla, acariciarla y dar tratamiento personal para modificarla e incluso, cambiarla por lo opuesto y concederle ser significativa en la venidera vida común?

A quién lea esto, el camino a ser persona de conciencia irónica y de ironía consciente, estas vías de auto control y de mejora de la vida misma, parece que pueden entrar en función de no atentar contra la de los demás; en conclusión, bien vale la pena intentarlo para desplegar así, un ulterior e inmediato esfuerzo conjunto.

¿Qué opinas tú?

AVISO AVIESO.

Les acabamos de informar que la mentira deja de ser desaprovechada en cuenta; y que la ignorancia que des letra el alfabeto, hace caso omiso para no volver a estar alertas; porque la desinformación que deforma ciudadanos vuelve caldo de cultivo toda precaución ante la pandemia del Covid-19, y sus secuelas. La moraleja de esto: ¿A buen entendedor, pocas palabras?